Globethics Repository



El ideal frustrado de la Reforma Protestante: el sacerdocio universal de los creyentes [Frustrated Ideal Protestant Reformation: the universal priesthood of believers]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Rodés, Francisco
Publisher	CLAI (Consejo Latinoamericano de Iglesias)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-15 20:29:30
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/190853

El ideal frustrado de la Reforma Protestante:

el sacerdocio universal de los creyentes

Cuando se hace un recuento de los principales aportes de la Reforma del siglo XVI, nunca se olvida mencionar el principio del sacerdocio de todos los creyentes, por el cual se barrió con la histórica división que separaba a los creyentes comunes, el pueblo de la iglesia, de los ministros consagrados al sacerdocio o a la vida religiosa conventual, es decir, la clásica separación entre laicos y ministros.

En toda la Edad Media se había solidificado esta separación: o eras religioso dedicado al culto y la oración, o eras un seglar ocupado en tareas mundanas, sean éstas el trabajo manual o las armas. Esto se correspondía con una teología que hacía distinción entre lo material y lo espiritual. Unos están en un primer nivel de servicio a las cosas temporales, imperfectas, los otros en un nivel superior, en la atención a lo más alto, a la esfera de las cosas eternas y santas. De ahí se colige que esta diferenciación hacía a unos dependientes de los otros en cuanto al acceso a los símbolos religiosos. Unos son los clientes de los servicios religiosos, otros son los proveedores, administradores exclusivos de los favores divinos. Ahí está la raíz del gran poder de la iglesia en la mencionada época, poder que llegó a influir en todas las esferas de la vida política y cultural en forma determinante.

Lutero dio un paso de significación decisiva al dejar la Orden de los Agustinos, luego al casarse con Catalina, renunciando a la condición clerical, y más tarde al desconocer todos los sacramentos, a excepción del bautismo y la comunión. "Ya no tenemos más mediador que Jesucristo para arreglar nuestras relaciones con Dios," afirmaba Lutero, "por lo tanto, no necesitamos de sacerdotes". Otro de los grandes de la Reforma, Juan Calvino, que de hecho era un laico, elaboró con más contundencia teológica la doctrina del sacerdocio que nos corresponde a todos los creyentes, sin distingos, haciendo que las actividades manuales, como la de un simple zapatero, pudiera convertirse en un servicio a Dios. Es lo que llamó la santificación de la vida cotidiana. Desde entonces todos los evangélicos repetimos con cierto orgullo este principio protestante del sacerdocio universal de todos los creyentes.

Resurge el clericalismo protestante

Sin embargo, una cosa es lo que se expresa en una doctrina y otra lo que se experimenta en la vida real. En verdad el clericalismo no murió, sino que sobrevivió sobre otras bases, una nueva fuente de servicios a la religiosidad se abrió, la de los dispensadores de la doctrina correcta, los que manejaban el arte de predicar la Biblia y alentar la fe. El conocimiento de la Biblia requería de dedicación, de estudios en seminarios y universidades. Surge así con fuerza el profesionalismo religioso. El ministro protestante recupera mucho de la aureola de santidad del antiguo sacerdote, su autoridad se establece en las nuevas estructuras de las iglesias, que son controladas por los nuevos clérigos, y el sacerdocio universal de los creyentes se convierte en otra página mojada del ideario protestante.

Por supuesto que no hay nada en contra del profesionalismo. En definitiva, todos los adelantos en todos los campos de la cultura y el saber se han dado por la consagración de personas con vocación en áreas específicas. La Iglesia ha necesitado de profesionales, de músicos, teólogos, maestros y predicadores, y gracias a Dios por ellos. El problema está en el ejercicio del poder en la Iglesia, cuando por conocer un poco más de teología, o tener más habilidad para hablar en público, ejercemos estos dones no para servir sino para erigirnos en autoridad controladora de los demás. Así surgen las iglesias pastor-céntricas.

¿Qué son iglesias pastor-céntricas?

Son iglesias en las que las decisiones emanan de la autoridad del pastor. Los miembros se han acostumbrado tanto a que la voz de Dios solo se oiga desde el púlpito, que les parece un sacrilegio contradecir en algo a su pastor, pues sería como una deslealtad, un pecado grave no estar de acuerdo en todo con él. En muchos casos el pastor que se ve a sí mismo como revestido de una unción exclusiva, se siente halagado por el aplauso de su congregación, y desarrolla perceptiblemente los rasgos de egocentrismo que conducen al autoritarismo. Esto es alimentado por la propia tradición de la iglesia, que no es más que los rezagos de la antigua separación entre clérigos y laicos. Esto lo escribe quien ha sido por más de cuarenta años pastor, por lo que se escribe sin ánimo de denigrar un llamamiento que reconozco como divino y una vocación que la viviré hasta el último día de mi vida.

No es extraño, entonces, el lenguaje más espiritual, que la voz más cargada de bendición se convierta en solapada manipulación de los demás para imponer los criterios propios. Y todo ocurre en una atmósfera de piedad y devoción.

Los pastores así transformados por este autoritarismo empiezan a hablar de "mi iglesia", "mis miembros"... "yo no permito en mi iglesia..." "tengo un miembro", como si la iglesia fuera su propiedad.

El modelo Cristo-céntrico de Iglesia

Éste dista mucho del modelo pastor-céntrico de iglesia. En este modelo Cristo es la cabeza, la autoridad, y los miembros del cuerpo son todos iguales en importancia, contribuyen cada uno con su don al crecimiento de todo el organismo. San Pablo nos advierte que "el cuerpo no es uno, sino muchos." (1 Corintios 12.14). Y de hecho, una iglesia puede existir sin pastor, pero no sin miembros.

Un texto fundante de una sana eclesiología es Efesios 4:11-12. "Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas; a otros pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo". Estas diferentes formas de servicio implementadas por los pastores, evangelistas, etc., son para perfeccionar a los "santos", a la iglesia toda, para la obra del ministerio. Es decir, estos dones no son para auto-engrandecimiento, sino para ayudar a formar una iglesia consciente y preparada en su Ministerio. La Iglesia es el protagonista principal, el cuerpo de Cristo que tiene una misión de Dios en el mundo.

Por esto es tan importante una toma de conciencia de los mecanismos sicológicos e inconscientes por los cuales una persona se erige en un poder controlador sobre una comunidad creyente. Porque entonces el sacerdocio universal de todos los creyentes no pasa de ser un slogan sin verificación práctica alguna. Una iglesia en la cual la congregación no tiene una voz propia en todos los asuntos, sino que no hace más que repetir la de su pastor, con todo respeto lo decimos, es una comunidad pobre, inmadura y dependiente.

El modelo bíblico es la de una comunidad participativa, rica en aceptación de la diversidad de criterios y personalidades y unida por el espíritu de amor y de paz que nos enseñó nuestro Maestro, quien, como sabemos, vino no para ser servido sino para servir y dar su vida por los perdidos.

Nuevos modelos participativos

La raíz de todo lo que venimos discutiendo tiene que ver con la cuestión práctica de cómo se toman las decisiones en la comunidad creyente, cómo son las reuniones administrativas en las que se elaboran planes, se deciden proyectos o se aplica disciplina.

¿Hay realmente participación de todos y todas? ¿Se sigue una tradición o se deja que hable la autoridad más representativa de la iglesia? ¿Todos los miembros tienen igualdad de posibilidad de ser oídos, aun los más nuevos, los más jóvenes, los más sencillos?

Hace poco fuimos a visitar una misión en proceso de convertirse en iglesia. Éramos un grupo de líderes visitando una pequeña comunidad rural, donde la mayoría de los creyentes son mujeres. Queríamos explorar, conocer de la madurez del grupo para convertirse en una iglesia autónoma. Nos dimos cuenta de que las mujeres campesinas se sentían sobrecogidas por la visita, estaban calladas, sus miradas huidizas.

Pensamos cuánto autoritarismo machista habrían experimentado en sus vidas, desde el ambiente familiar, hasta en los centros de trabajo. Por eso permanecían en silencio. Afortunadamente iba en el grupo visitante una persona familiarizada con lo que se conoce como Educación Popular. Inmediatamente tomó control de la situación, cambió la posición de los bancos, inició ejercicios de integración, y al poco rato todas y todos estaban hablando con soltura, expresando con naturalidad sus convicciones, sus creencias más íntimas. Todos aprendimos los unos de los otros, se borró la separación entre pastores y miembros, todos éramos discípulos compartiendo las vivencias de nuestra fe.

Pienso que lo que Jesús hizo poniendo en medio del grupo de discípulos a un niño, es mostrarnos un nuevo modelo de comunidad. Un niño carece de poder, de autoridad, de experiencia. Pero en él también hay sabiduría de Dios, y hay disposición a aprender que solo es de Dios conceder los ministerios. Una iglesia evangélica en la tradición de la Reforma debe aprender a poner al niño en el centro, y a abrirse a lo que Dios habla en la comunidad. Éste es el verdadero sentido del sacerdocio universal de todos los creyentes.

La Educación Popular es una herramienta muy útil para ayudar a potenciar al laicado de las iglesias, para ser verdaderamente los protagonistas principales en el drama de la Iglesia. Por eso no dudamos en sugerir que los líderes de iglesias busquen implementar estos métodos en todas las iglesias. Seguramente habrá un crecimiento en la calidad del compromiso con el Reino de Dios. Este es el reto que nos plantea la Reforma para la Iglesia Cubana.**SV**

Francisco Rodés González, pastor bautista de Cuba. Profesor en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas y Director del Centro Kairós, para las Artes, la Liturgia y el Servicio Social.